

Un todo a la vez, la eternidad del instante

Esther Bendahan Cohen ⁽¹⁾

Resumen: Partiendo de dos textos: una carta histórica escrita en sefarad, Ramban a su hijo (1194/4954), y una carta extraída de un libro narrativo *Vida y Destino*, de Vasilli Grossman se propone reflexionar sobre el tiempo, su expresión en la carta frente a los mensajes actuales en WhatsApp o correos electrónicos. La inmediatez frente a la lentitud; si consideramos las cartas como mensajes de instantes encapsulados, uno puede leer ahora una carta de hace diez o veinte años o cien años, con la sensación de lo reciente, porque mantiene la viveza de lo que se actualiza en su lectura como si acabara de suceder. Pero ¿Cómo recibe el lector el texto? ¿Es el lector a quien va dirigido el mensaje o es otro? ¿Guarda el mensaje su esencia si quien lo lee es alguien ajeno? En las cartas, especialmente por su encabezamiento se diría que el tono, gracias al ejercicio de escritura, viene dado por su emisor; sin embargo, en la inmediatez de un mensaje al tono lo formula no el emisor sino el receptor, así la ficción, lo imaginado pervierte su intención generando una zona de vacío de sentido. Qué relación hay entre la idea de la carta y la comunicación mediante mensajes actuales y cómo actúa en su formulación es una de las preguntas que indaga en el siguiente texto.

Palabras clave: Carta - Comunicación - WhatsApp - Tiempo

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 166-167]

⁽¹⁾ **Esther Bendahan Cohen** es Escritora, Doctora en filología francesa, Directora de Cultura del Centro Sefarad-Israel de Madrid (España) (Institución española dedicada a la diplomacia cultural).

Carta y tiempo

La lectura de una carta llama a la reflexión, cuál es su voz, qué permanece después de la escritura, de la decisión de enviar lo escrito (la carta a diferencia del diario viaja, el diario se queda, mantiene también el instante pero con vocación de silencio). Hay dos cuadros de Johannes Vermeer que me llaman la atención y obligan a mirar detenidamente. No es únicamente su importancia artística lo que me retiene, me atrapa, sino, creo, la acción que lleva el leer una carta. Son dos lienzos en los que una mujer lee una carta: *Muchacha leyendo*

una carta frente a la ventana y Mujer leyendo una carta, que en especial me suscita un inquietante interés. La mujer está embarazada, hay pocos elementos a su alrededor. Quizá quién escribe es su amor, amigo, amante, ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde la escritura a su lectura? Porque la inmediatez actual ha introducido una ruptura de la espera, de la distancia temporal, el no-tiempo, pero quizá (en el pasado) quien recibe la carta no es la misma persona en relación a sus circunstancias. En el cuadro de *La muchacha leyendo frente a la ventana* se descubrió que alguien (el autor o posteriormente un propietario) intervino en el lienzo, se ocultó con pintura un cuadro de Cupido, este aportaba, añadía sentido. Ambas mujeres leen de pie. Leer de pie indica quizá apresuramiento, como si acabaran de recibir la carta o se tratara de una relectura de la propia. Leen lo escrito, pero el gesto parece indicar que ya ha sido en todo caso revisada antes porque no se hace con pluma, ni en un lugar propicio para la escritura sino de pie, ¿en el instante de entregarla a un mensajero o después de leerla y recibirla? Sin embargo, sea como sea, la sola presencia de la carta ofrece un movimiento interno al cuadro, le da temporalidad, hay alguien más que no vemos, hay una historia que no se cuenta pero que adquiere presencia en nuestra percepción. Una carta insinúa, sugiere, invita. Así estas imágenes permanecen en nuestro imaginario y nos llaman desde un pasado que permanece inalterable. La carta es movimiento, y al igual que en el cuadro de la lechera, la leche que se vierte parece caer en ese instante, la carta ofrece el mismo sentido del instante vivo, pero: ¿Seguimos próximos al valor simbólico de la carta hoy que nos comunicamos de otros modos?

La palabra *carta* del latín *charta* ‘papiro’, ‘papel’, y este del griego χάρτης *chártēs* la relaciona con su soporte y no con el mensaje, pero por ejemplo en hebreo se dice *mihtav*, de escrito. Esta raíz se usa en varias palabras, como el uso en *jaquetía* un habla del judeo-español que tiene una frase simbólica: *Lo que se ketvee* (lo que se escriba) para indicar que será de algún modo lo que D-os disponga, lo que sea será, así que es mejor no preocuparse demasiado. Hoy en español el uso de las palabras van adaptándose a la comunicación digital: mensaje del móvil, chat, chatear. Así al desaparecer el papel como soporte nos centramos en el contenido, chat o WhatsApp (en este caso se refiere a la aplicación pero que esconde el hecho de conversar con la interrogación que iniciar una conversación) que indican conversación, grupo, o el que pasa que da pie al diálogo.

La carta, es testimonio vivo, en un artículo de Martín Arias Goldstein cuenta que se han encontrado cartas de mujeres de hace más de dos mil años, su lectura nos da una idea de la intimidad de su tiempo, así como las cartas de la *Guenizá* del Cairo o las recogidas de exiliados republicanos.

La carta es también recurso literario, su uso aporta veracidad a la narración, permite introducir otras voces deteniendo la acción dando profundidad o dejando que hable un personaje.

En este caso hay una carta que considero parte de la mejor novela del SXX. *Vida y destino*. Esta novela que deja hablar al totalitarismo que da también espacio a las víctimas y verdugos inserta en un capítulo una carta que creo extraordinaria. Es la carta de una madre en el gueto a su hijo, un científico que está en otra ciudad, le escribe para despedirse y para dar cuenta de su sufrimiento.

“Vitia, estoy segura de que mi carta te llegará, a pesar de que estoy detrás de la línea del frente y detrás de las alambradas del gueto judío. Yo no recibiré tu respuesta, puesto que ya no estaré en este mundo. Quiero que sepas lo que han sido mis últimos días; con este pensamiento me será más fácil dejar esta vida. Es difícil, Vitia, comprender realmente a los hombres... Los alemanes irrumpieron en la ciudad el 7 de julio. En el parque la radio transmitía las noticias de última hora. Salía de la policlínica, después de las consultas, y me detuve a escuchar a la locutora, que leía en ucraniano un boletín sobre los últimos combates. Oí un tiroteo a lo lejos. Luego algunas personas cruzaron corriendo el parque. Seguí mi camino a casa, sin dejar de sorprenderme por no haber oído la señal de alarma aérea. De repente vi un tanque y alguien gritó: « ¡Los alemanes están aquí!». «No siembre el pánico», le advertí. La víspera había ido a ver al secretario del sóviet de la ciudad y le había planteado la cuestión de la evacuación; él montó en cólera: «Todavía es pronto para hablar de eso; no hemos comenzado siquiera a redactar las listas».

“Vitia, yo siempre he estado sola. Me he pasado noches en blanco llorando de tristeza. Pero nadie lo sabía. Me consolaba la idea de que un día te contaría mi vida. Te contaría por qué tu padre y yo nos separamos, por qué durante todos estos largos años he vivido sola. Pensaba a menudo: “¡Cuánto se sorprenderá Vitia al saber que su madre ha cometido errores, ha hecho locuras, que era celosa y que inspiraba celos, que su madre era igual que todas las jóvenes!”. Pero mi destino es acabar la vida sola, sin haberla compartido contigo. A veces pensaba que no debía vivir lejos de ti, que te quería demasiado, que ese amor me daba derecho a vivir mi vejez junto a ti. A veces pensaba que no debía vivir contigo, que te quería demasiado. Bueno, en fin... Que seas feliz siempre con aquellos que amas, con los que te rodean, con los que han llegado a estar más cerca de ti que tu madre. Perdóname. De la calle llegan llantos de mujer, improperios de los policías, y yo, yo miro estas páginas y me parece que me protegen de un mundo espantoso, lleno de sufrimiento. ¿Cómo poner punto final a esta carta? ¿De dónde sacar fuerzas, hijo mío? ¿Existen palabras en este mundo capaces de expresar el amor que te tengo? Te beso, beso tus ojos, tu frente, tu pelo. Recuerda que el amor de tu madre siempre estará contigo, en los días felices y en los días tristes, nadie tendrá nunca el poder de matarlo. Vítienka... Ésta es la última línea de la última carta de tu madre. Vive, vive, vive siempre... MAMÁ”

“Vitia, yo siempre he estado sola. Me he pasado noches en blanco llorando de tristeza. Pero nadie lo sabía”.

Siempre he estado sola, no es un reproche, es la expresión de un sentimiento, nadie lo sabía, ella no lo decía, deja así testimonio de su secreto. Sabe que ya no va a estar que quizá su hijo leerá la carta mucho después. No sabemos si la leyó, ni siquiera si llegó a su destino, Kafka en la carta al padre deja su testimonio, su queja, pero no se la dio al padre, la leemos hoy como un texto literario, el permiso para adentrarnos a su intimidad, pero el padre no la leyó, no leyó la escritura de un adulto al que aún le duele el padre como al niño. Recordemos la novela *Bartlevi el escribiente*, este personaje que dice:

“preferiría no hacerlo” trabajó muchos años en un departamento de cartas perdidas que no llegan a su destino, y ¿no es esa pérdida una enorme herida?

“El informe era el siguiente: que Bartleby había sido un empleado subordinado en la Oficina de la Carta Muerta en Washington, de la que había sido retirado repentinamente por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, no puedo expresar adecuadamente las emociones que me embargan. ¡Cartas muertas! ¿No suena a hombres muertos? Si concibo a un hombre, por naturaleza y por desgracia, propenso a una pálida desesperanza, ¿puede haber algún asunto más apropiado para aumentarla que el de manejar continuamente esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? Porque todos los años se queman por montones. A veces, del papel doblado, el pálido empleado toma un anillo: el dedo para el que estaba destinado, tal vez, se moldea en la tumba; un billete enviado en la más rápida caridad: aquel a quien aliviaría, ya no come ni tiene hambre; el perdón para los que murieron desesperados; la esperanza para los que murieron sin esperanza; las buenas noticias para los que murieron sofocados por calamidades no aliviadas. En los recados de la vida, estas cartas se aceleran hacia la muerte. ¡Ah Bartleby! ¡Ah, la humanidad!”

En este caso si el hijo recibe la carta sus emociones estarán tan vivas como al momento de ser escrita. Esta carta en especial indica el amor materno, la descripción del terror al que se sometió a los judíos en los guetos y sobre todo la esperanza.

“Recuerda que el amor de tu madre siempre estará contigo, en los días felices y en los días tristes, nadie tendrá nunca el poder de matarlo. Vitenka... Ésta es la última línea de la última carta de tu madre. “Vive, vive, vive siempre... MAMÁ”.

Mas allá de la propia vida está el amor, el grito de: Vive, Vive (me estremece en cada lectura) es la victoria en contra el odio, la crueldad del antisemitismo, el miedo, es lo que dio origen a la palabra *resiliencia*. Hay un espacio para la esperanza, como señala el Rabino Sacks, la esperanza necesita de la valentía. La esperanza es valiente. La carta en la novela es un lugar de tiempo. Cada capítulo entra en esferas de lugares distintos, por un lado el ejército ruso, por otro el alemán, los campos de uno y otro lado y las historias familiares. Voces que sobreviven frente al poder. Los totalitarismos pueden silenciar, someter, pero la carta mantiene su voz, salvar una carta, lanzar la carta quiere devolver a la verdad y acallar el derrumbe de lo humano.

Habla del SXX., de la guerra, del horror, para en un suspiro señalar con firmeza lo único que finalmente merece la pena: la intimidad, la seguridad de la familia, de los amigos. El siglo pasado supuso una fractura, los acontecimientos que llevaron a la guerra, los totalitarismos de las distintas ideologías, la atroz persecución contra los judíos mayoritariamente pero también a homosexuales, gitanos, personas con discapacidad deja un trauma silencioso en la reconstrucción de las democracias. La visión de los campos de concentración es difícil de incorporar a nuestra historia como un fenómeno más de la guerra, el absoluto mal dejó la inquietud por el futuro, el temor a nuestra naturaleza. Personas capaces de

grandes creaciones, lo son también de la destrucción fría del otro. Los supervivientes encontraron energías durante su encierro en el deseo de testimoniar.

El archivo Ringelblum es una colección de documentos recopilados y preservados en el gueto de Varsovia. Son documentos escritos y enterrados para salvarlos por la organización clandestina Oneg Shabat. Nombre clave de la organización fundada por quien da nombre al archivo y formada por docenas de escritores, profesores, científicos y activistas sociales judíos, a quienes Ringelblum encargó su cooperación en la primavera de 1940. La desesperación les lleva a querer narrar lo que ven, testimoniar durante el acontecimiento terrible, en el instante mismo, nos habla de la humanidad que ve el futuro, que cree en el después. ¿No es sorprendente que quien sufre el terrible maltrato perpetrado en un gueto, en un campo de exterminio, quien ve desaparecer a sus compañeros de barracón, quien ignora el destino de las personas que ama, pero sospecha que sufrirán a la vez el propio, crean que van a encontrar después a un *alguien* que pueda sufrir con su testimonio, empatizar con él? ¿No es sorprendente que siga esperanzado en que haya detrás de la alambrada, después de los hornos crematorios *alguien* que quiera escuchar y no crea que la humanidad acabó?

La carta es esperanza. Es dejar una huella. Leemos las cartas de Proust y las cartas de Kafka. Nos descubren su intimidad. ¿Quisieron que las leamos nosotros lectores adiestrados en quiénes son? ¿Tenemos derecho a hacerlo sino somos a quien iban dirigidas? Las leemos como sus cuentos. Quizá no debamos, pero lo hacemos. Nada nos conecta más con el autor que la lectura de esas cartas, donde revive a nuestro lado, tropieza, ríe, ama, sufre, dialogando rompiendo la distancia. Descubrimos la huella de algo que se da y dará siempre, algo que este ser actual, digital, mantiene inalterable. Un vínculo que nos conecta con nuestros ancestros, más allá de la enfermedad y del rasgo, recibimos una información en la que desconocemos sus claves, actúa y en su actuación nos descubre algo que parece efímero, en el secreto de lo innombrable.

Lejana en la historia cronológica marcada de tiempo, cercana en la llamada al hijo recordemos una carta que escribió Ramban Moshéh ben Najmán, más conocido como Najmánides quien era un rabino de Gerona (1194-1270) y viajó de Gerona a Jerusalén. El viaje entonces tiene un impulso diferente, la dificultad a la que se ve sometido el viajero tiene la misma grandeza que el impulso que les lleva a su realización. Este pensador inició la escuela cabalista de Barcelona, admiraba al racional Maimonides pero discrepaba con él en varios temas. Sus comentarios suelen ser explicaciones literales de los textos en los que, por primera vez, se incorporan enseñanzas místicas de la Cábala de forma más o menos velada. Participó en la disputa de Barcelona. La carta que Najmanides (Ramban, Rabi Moshe Ben Najman) envía a su hijo desde Acre, Israel a Cataluña, España, “no quedó a través de los siglos como una simple carta de padre a hijo, dándole buenos consejos de conducta y del cumplimiento de su deber espiritual como judío, sino que a lo largo de generaciones trascendió hasta llegar a ser un documento de enseñanza y guía del pueblo judío” (Shirley Dobin Rosenthal).

“Oye hijo mío, escucha el consejo de tu padre y no abandones la enseñanza de tu madre” (Proverbios 1:8). Acostúmbrate a expresarte con tranquilidad hacia cualquier hombre y en todo momento. Y, de esta forma, te apartarás de la cólera, que es una mala cualidad que provoca el pecado del hombre.

“Dijeron nuestros Rabanim z”l: A quien se enfada se le castiga con todas las categorías del infierno, pues está escrito: “Aparta la ira de tu corazón y sacarás el mal de tu cuerpo” (Eclesiastes 11:10). Se interpreta que la maldad es el infierno, pues leemos: “Y también el malvado en el día de su juicio... Y el veredicto para un malvado es el infierno” (Proverbios 16:4).

“Y desde el momento en que te apartes del enojo, introducirás en tu corazón la modestia, la mejor cualidad que puede poseer una persona. Está escrito: “El extremo de la humildad es el temor al Todopoderoso” (Proverbios 22:4). Por la modestia llegarás al Eterno porque meditarás de donde provienes y hacia dónde vas, que no eres más que un gusano en tu vida y en tu muerte, y delante de quien serás juzgado y darás cuenta de tus actos, “Delante del Rey de la Gloria (Pirké Avot 3:1).

“Está escrito: “He aquí que los cielos no Te pueden abarcar...” (Crónicas II, 2:5), “...menos aun el corazón de los hombres.” (Proverbios 15:11). Leemos también: “Yo lleno los cielos y la tierra, dijo el Eterno” (Jeremías 23:24). Cuando pienses en todo esto temerás a tu Creador, te cuidarás del pecado y con esas virtudes vivirás feliz con lo que tienes.

“Cuando seas modesto, hasta sentirte inferior a cualquier persona y temas al Creador y al pecado, reinará sobre ti el espíritu de la Shejiná y el brillo de Su Gloria en la vida eterna. Y ahora hijo mío, ten presente, que el que se enorgullece de sí mismo y es soberbio, se rebela al Reino celestial, porque pretende vestirse con sus atuendos, pues está escrito: “Di-s reinó; de orgullo se vistió” (Salmos 93:1). ¿Y con qué puede enorgullecerse el hombre? Si es por su riqueza, está escrito: “Di-s es el que empobrece y enriquece” (Shmuel I, 2:7). Si es por el honor que puede merecerse, ¿acaso no es también de Di-s? Como leemos: “La riqueza y el honor de Ti proceden (Crónicas I. 29:12).

La carta que se sigue leyendo semanalmente por muchas familias continúa explicando al hijo la importancia de una actitud modesta, humilde en la que el trato al otro sea la clave del comportamiento.

Le recomienda:

“Ahora te explicaré cómo habrás de conducirte en el camino de la modestia, para que transites por él todos los días de tu vida: Que tus palabras salgan de tu boca con tranquilidad, que tu cabeza esté gacha y tus ojos miren hacia abajo, hacia la tierra, pero que tu corazón permanezca hacia arriba (pensando en las

maravillas del Eterno). Nunca mires a nadie con desprecio, que cualquier hombre a tus ojos sea más grande que tú.”

El padre se marcha, el hijo permanece en Sefarad. Cuando llega la carta, no sabemos qué responde el hijo. No sabemos, pero sí que el mensaje mantiene su frescura, aconseja una actitud respetuosa a cualquiera, sin distinguir al sabio del ignorante, al rico del necesitado. Un sabio consejo que entendemos como llega hasta nosotros por su fuerza. Así la carta es también testimonio, si en la anterior carta literaria se da cuenta del propio sufrimiento, se conecta con el año al hijo deseando que viva, en esta lo que se quiere es educar al hijo, es también un Vive, Vive pero en este caso desde un lado espiritual. Es parte del patrimonio judío español, necesario recuperar a autores que forman parte de una historia de pertenencia y huida, de exilio y memoria. Propone una revisión del comportamiento para una mejor convivencia pero sobre todo para el respeto al otro. El *tú* de Martin Buber encuentra en esta sencilla carta un lugar. En un entorno que induce a complejas situaciones de relación con los demás (amistosas, laborales) se impone esta vía de encuentro en que la humildad no es falta de autoestima sino camino para una sana relación Yo/Tu.

La carta de Ramban, la literaria en *Vida y destino* permiten descubrir el aura viva que ilumina la oscuridad del pasado, el tiempo rompe su frontera áspera, las palabras se activan, huelen, abren ramificaciones, finalmente conmueven.

Si la enfermedad de Barlevi se agrava por las cartas muertas, ¿qué le sucedería a este personaje hoy donde la carta se sustituye por la inmensidad de lo digital? ¿Qué perdemos al comunicarnos mediante sistemas efímeros, qué queda que llegue a un *tú* lejano que pueda entrar en esta dimensión del hoy cambiante, fluida, pero enriquecida por nuestra época? Si hoy se gana en cercanía, inmediatez (gracias a Athena surge el encuentro en el tiempo de la pandemia), quizá perdamos el futuro (No es crítica, es reflexión diría Czesław Miłosz). Me pregunto sobre cada uno de los mensajes enviados, por los chats, correos que pueden cambiarse, que no contienen la inclinación de la letra, la tachadura o mancha de café. Nuestros comunicados quedaran fijados de forma leve, insustancial quizá. Decir *en la nube* es más que una metáfora que explica, *la nube* se desvanece, es y no es, en su forma gaseosa con vocación de agua es señal y anuncio. En el caso de nuestras informaciones ya nos avisan de su destino.

Igual que las preguntas sobre las palabras pronunciadas, sobre el cuidado en el uso del hebreo lengua sagrada y lo que puede traernos, suponer un uso profano de lo sagrado, tal vez debemos temer decir cuando lo dicho no permanece. En la desaparición de la carta, temer que la consistencia del tiempo que nos muestran, que su testimonio cree una brecha por donde se oculte, desaparezca la preciada verdad.

Y no se trata de volver a la carta, al pliego de papel que se acaricia y sostiene como en los cuadros de Veermer sino de reflexionar en el mensaje que dejamos y dejaremos, en cómo dejar permanente la historia, el olor, las opacidades de nuestro tiempo.

Carlo Ginzburg en el queso y los gusanos comenta:

“Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado, de consignar únicamente las «gestas de los reyes». Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron. “¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?” pregunta el lector obrero de Brecht. Las fuentes nada nos dicen de aquellos albañiles anónimos, pero la pregunta conserva toda su carga.”

“2. La escasez de testimonios sobre los comportamientos y actitudes de las clases subalternas del pasado es fundamentalmente el primer obstáculo, aunque no el único, con que tropiezan las investigaciones históricas. No obstante, es una regla con excepciones. Este libro narra la historia de un molinero friulano –Domenico Scandella, conocido por Menocchio– muerto en la hoguera por orden del Santo Oficio tras una vida transcurrida en el más completo anonimato. Los expedientes de los dos procesos en que se vio encartado a quince años de distancia nos facilitan una elocuente panorámica de sus ideas y sentimientos, de sus fantasías y aspiraciones. Otros documentos nos aportan información sobre sus actividades económicas y la vida de sus hijos. Incluso disponemos de páginas autógrafas y de una lista parcial de sus lecturas (sabía, en efecto, leer y escribir). Ciertamente nos gustaría saber otras muchas cosas sobre Menocchio, pero con los datos disponibles ya podemos reconstruir un fragmento de lo que se ha dado en llamar «cultura de las clases subalternas» o «cultura popular»”.

La cultura popular pues la formamos quienes vivimos, organizamos, palpamos la realidad en la que se nos sitúa, quienes somos a pesar de reyes y mandatarios. El testimonio de estas clases configura el relato, el conocimiento debe sostenerse con los detalles laterales, como saber que un molinero se enfrentó con sus ideas a la opacidad oscura de la inquisición y se atrevió a pensar, preguntarse, cuestionar.

Atención pues a lo efímero, a lo no permanente, al no-mensaje, dejemos la huella, en este caso de nuestra amistad, del tiempo de la pandemia del Covid19 para evitar y salvarnos de la plaga del olvido.

Abstract: Based on two texts: a historical letter written in Sepharad, Ramban to his son (1194/4954), and a letter extracted from a narrative book *Life and Fate*, by Vasilli Grossman proposes to reflect on time, its expression in the letter as opposed to current messages in WhatsApp or emails. Immediacy versus slowness; if we consider letters as messages of encapsulated instants, one can now read a letter from ten or twenty years ago or a hundred years ago, with the sensation of the recent, because it maintains the vividness of what is

updated in its reading as if it had just happened. But how does the reader receive the text, is it the reader to whom the message is addressed or is it someone else? Does the message retain its essence if the reader is someone else? In letters, especially because of their heading, it would seem that the tone, thanks to the exercise of writing, is given by the sender; however, in the immediacy of a message, the tone is formulated not by the sender but by the receiver, and so fiction, the imagined, perverts its intention, generating an empty zone of meaning. What relationship there is between the idea of the letter and communication through current messages and how it acts in its formulation is one of the questions that the following text explores.

Keywords: Letter - Communication - WhatsApp - Time - Letter - Communication - WhatsApp - Time

Resumo: Com base em dois textos: uma carta histórica escrita em sefarad, de Ramban para seu filho (1194/4954), e uma carta retirada de um livro narrativo Vida e Destino, Vasilli Grossman propõe uma reflexão sobre o tempo, sua expressão na carta em oposição às mensagens atuais no WhatsApp ou e-mails. Imediatismo versus lentidão; se considerarmos as cartas como mensagens de instantes encapsulados, pode-se agora ler uma carta de dez ou vinte anos atrás ou de cem anos atrás, com a sensação do recente, pois mantém a vivacidade do que é atualizado em sua leitura como se tivesse acabado de acontecer. Mas como o leitor recebe o texto, é o leitor a quem a mensagem é dirigida ou é outra pessoa? A mensagem mantém sua essência se o leitor for outra pessoa? Nas cartas, especialmente por causa de seu cabeçalho, parece que o tom, graças ao exercício da escrita, é dado pelo remetente; no entanto, no imediatismo de uma mensagem, o tom é formulado não pelo remetente, mas pelo destinatário, e assim a ficção, o imaginário, perverte sua intenção, gerando uma zona vazia de significado. Que relação existe entre a ideia de carta e a comunicação por meio de mensagens atuais e como ela atua em sua formulação é uma das questões que o texto a seguir explora.

Palavras-chave: Carta - Comunicação - WhatsApp - Tempo - Carta - Comunicação - WhatsApp - Tempo
